

# ÚLTIMAS NOTICIAS DE SAN JOSÉ APARECIDO

Por HUGO SÁEZ

Ya llegamos. Lo que más me impresiona en la antigua población de San José Aparecido es la falta de cuidado y la suciedad polvorienta que se amontona por aquí y también por allá. Junto al estropeado pavimento de la carretera, con desparpajo vaga una mansa jauría husmeando en busca de cualquier alimento en el improvisado basurero al aire libre que nos recibe donde plantaron alguna vez el vetusto cartel que indica el nombre del lugar y el número de habitantes (dice 325, pero por lo borroso del dato, éste debe de corresponder a alguna década anterior).

Las casas de adobe, carcomidas por el agua centenaria, lucen sus tejas rojas a un costado del camino que conduce a la capital del estado. El resto de lo que sería la vialidad del pueblo más bien parece una brecha empedrada que la invade el lodo. A los costados se amontonan humildes viviendas de palos y de lámina. Algunas gallinas picotean entre las matas de zacate que crecen a la intemperie. Uno se pregunta sobre la improbable pureza del agua que cuatro niños semidesnudos recolectan en la única fuente que se encuentra en toda la extensión del pueblo, el cual no debe de medir más de un kilómetro de largo. Unos puercos colorados se revuelcan en el lodazal amasado después de la última lluvia del verano. Una mujer muy vieja está sentada en la esquina; la falda que alguna vez fue de color beige cubre sus piernas; junto a ella hay pequeños montones de tomates, chiles y papas que la improvisada comerciante ofrece sin mover los labios. Las moscas revolotean en torno a ella sin que se advierta un solo ademán suyo para espantarlas.

El verano ha traído la alegría de unas mariposas blancas. Por las dudas, escudriño en busca de las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia, pero mi exploración no tiene éxito. Hay algunos vehículos estacionados enfrente de las únicas casas de ladrillo que se han construido en la avenida principal. Los eucaliptos son altos, de un follaje verde oscuro. El entusiasta trino de los pájaros pone algo de alegría en ese lugar alejado de la mano de Dios y del gobierno.

Hasta aquí hemos venido en el traqueteado jeep de la secretaria a inspeccionar el centro de salud. Me imagino al sacrificado médico. Debe de haberle pedido a su mujer que le planche el traje marrón porque hoy vienen unos funcionarios de la capital. Me siento mal, el pobre hombre hace un esfuerzo inmenso para atender con escasísimos recursos los padecimientos de tanta gente mientras el secretario, desde su oficina con aire acondicionado, se llena la boca con los supervisores del Fondo Monetario Internacional diciendo que gracias a nuestro tesonero e ininterrumpido esfuerzo hemos logrado mejorar los índices de

bienestar... etc. Cómo me aburren esos discursos vacíos ahora que piso los terrones de polvo que estallan a mi paso.

Con las piernas todavía algo adormecidas ya estamos a la entrada del atrio de la iglesia franciscana tratando de averiguar la ubicación del centro de salud. En un tranquilo espacio que conserva olores y ambientes de la Colonia crecen centenarios olivos que semejan figuras fantasmales dedicadas a custodiar el convento. En la oficina donde se asientan los bautismos, una empleada de anteojos enormes y gruesos, bien fea, sin despegar sus agrandados ojos de unos papeles que simula leer, nos ha señalado con el índice el rumbo que conduce hacia el centro de salud. ¡Qué desagradable y montaraz! Nada le habíamos hecho. Antes de continuar nuestro camino husmeo dentro de la iglesia, pero me retiro casi de inmediato después de ver un tétrico Cristo con cabello humano. Sólo las tinieblas iluminan el interior de un templo construido para intimidar.

Cuando me quedo a solas, porque Pedro emprende la búsqueda del bendito centro de salud, camino distraído mientras me repito mentalmente “en este pueblo no pasa nada”. Los odios soterrados por siglos en esos corazones mudos deben de ser espantosos. La imagen de la empleada no se me quita de la cabeza y de hecho la imagino educada en las peores supersticiones de una iglesia aún atada a los prejuicios de la Contrarreforma española. Observo algunas indígenas que acarrear agua de la fuente instalada en lo que parece ser el centro de la vida comunitaria. Alcanzo a leer “comisario ejidal” en la fachada de una construcción de adobe coronada de tejas rojas que se destaca en el pequeño zócalo como si fuera un barco encallado. En una de sus habitaciones, contigua a la anterior, alguien ha pintado de rojo un cartel que a la letra dice “cárcel”. Después me enteraría de que los principales huéspedes del improvisado encierro eran los borrachos que se ponían algo violentos durante las fiestas o los maridos que golpeaban a sus mujeres, “sólo cuando lo hacen en demasía. Por curiosidad o por sed, no lo sé, entro a una tienda que está abierta.

“Ya sabe, maestro”, me dice Benito, “a las mujeres a veces hay que pegarles para que entiendan, pero no se vale el exceso”. No me imaginé que una simple pregunta mía sobre las féminas golpeadas desencadenara una verba bien hilvanada y amena del dueño de la tienda. En su discurso se percibe también un cierto olorillo a incienso, tan común en los sermones laicos. Evoco los programas de Tomás Mojarro en radio Educación. A veces los escucho por simple diversión. Prosigue Benito. “Todo exceso es malo, no se vale, pero también es bueno sufrir maestro. Un golpe bien dado y a tiempo, educa. Ahora en la ciudad educan a los niños sin ningún sufrimiento y ¿cuál cree usted que es la consecuencia?”, me devuelve la pregunta. “No sé, que no se saben manejar solos...”, aventuro una respuesta. “No, no, la droga. En cambio, el sufrimiento lo ayuda a uno a valerse sin esos mundos imaginarios. Hay que sufrir hasta para hacer la revolución. El Che Guevara, pudiendo tenerlo todo, se fue a morir en la sierra boliviana. Por eso yo digo que es muy revolucionario el ayuno. Le voy a contar lo que nos pasó en una huelga de la universidad cuando queríamos correr a un maestro que era muy rejego”. No puedo creer que el dueño de la principal tienda del pueblo haya sido

estudiante universitario, quizá se trate de uno de los tantos prejuicios que siempre estoy descubriendo en mi carácter que falsamente creo muy liberal, muy amplio, nada racista, a favor de la igualdad y otros discursos que he leído y acepto, pero a menudo descubro que no los llevo a la práctica. Yo sólo quería tomar un refresco en esa tienda que vi abierta y a los pocos minutos me encuentro en medio de una informada conferencia con ese indio de ojos apenas entreabiertos que no se atreven a enfocarme totalmente y que cuando él se dispone a hilar un discurso algo prolongado se dirigen hacia el cielo límpido que está más allá de la rústica puerta.

“Así que estuviste en la universidad...”, casi musito sin terminar la frase, como invitando a que él la complete. Temo ser descortés con esa persona tan sencilla de modales amables. “Sí, primeramente, me hice maestro rural y después se me dio por estudiar filosofía”. Mi sorpresa inicial se desborda frente a esta revelación. ¿De dónde habría salido su impulso para internarse en un campo tan abstracto? Nunca me hubiera imaginado que sus intereses anduvieran por terrenos tan escabrosos del entendimiento. La contabilidad o la ingeniería agronómica habrían sido carreras más prácticas en su medio. En cambio, ¡¡¡filosofía!!! “Explícame, yo como médico no conozco muy bien qué es la filosofía”. “Mire es muy sencillo, es la dialéctica”. “Ah, ¿sí?” Mi desconcierto no tiene límites. “¿La dialéctica?” “Sí, Hegel y Marx. A mí me gusta el materialismo. Imagínese, yo me he ganado la vida como artesano. Entonces el materialismo me habla de mis cosas. Aunque también es importante Hegel. Fue como el padre de Marx, y nosotros respetamos mucho al padre. Yo al mío nunca lo he tuteado como hacen en la ciudad, ¿entiendes, maestro? Por eso yo me clavé en Hegel, lo positivo y lo negativo, ¿ves? La noche y el día, el calor y el frío, la hembra y el macho. Ahí está, ahí está la dialéctica. Marx estudió la burguesía y el proletariado. De nada me iba a servir entre los míos, aquí no tenemos proletarios, somos todos indios pobres”. “¿Estudiaste a Hegel?”. “Claro, la fenomenología del espíritu. Es un libro bastante difícil. No pude realizar el sueño de mi vida”. “¿No te titulaste?”. “No, tampoco. Yo fui con un proyecto para beneficiar a mi pueblo”. En esos momentos mi atención estaba totalmente absorbida por la armoniosa charla de Benito. “¿Cuál era tu sueño?”. “En parte, sí, era titularme. Pero ése era un medio para el gran proyecto. Después iba a estudiar alemán. Un maestro me dijo que era un idioma muy lógico”. “Querías estudiar alemán para leer a Hegel en su idioma”. “No sólo leerlo, yo lo iba a traducir al purépecha. ¿Se imagina qué hazaña? Aquí en la biblioteca del padre cura tener la fenomenología del espíritu en purépecha...” Me despido con mis ideas confundidas y siento que me estoy internando en un lugar donde suceden muchas cosas que yo nunca hubiera concebido en la comodidad de mi oficina.

Lo que me faltaba, un funeral... Un extraño funeral. Dos muchachos veinteañeros, de rasgos indígenas, sin expresión alguna cargan un rudimentario ataúd de pino. Adelante, Biblia en mano, marcha el cura, y detrás, como escueto cortejo, una mujer de apariencia cuarentona, trigueña, enjuta, alta, vestida con una falda tipo hindú, acompañada de un hombre blanco, melena ondulada de pelo castaños y con bigotes nietzscheanos, enfundado en jeans y portando un sombrero de palma de Chilupa. No entiendo. En estos pueblos las ceremonias mortuorias se supone que son multitudinarias y convocan encendidos ejércitos de lloronas, pero

en éste la única conmovida del pequeño grupo es la trigueña de piel ajada, que lleva los ojos vidriosos y la boca semiabierta, como si fuera a soltar el llanto en cualquier momento. En sus manos huesudas aprieta nerviosa un manojo de margaritas. Sólo un par de hippies escapados de su contexto original en Avándaro o el zócalo de Coyoacán. Sin darme cuenta, los acompaño en su trayecto flanqueado por las tumbas, no sé si por curiosidad, por inercia o por compasión ante un muerto tan aislado en su último viaje, como se dice. A unos pasos de la mujer percibo un cierto olor a charanda, ese aguardiente michoacano tan agresivo. Dentro de la faja que sostiene su falda alcanzo a divisar una pequeña petaca de alcohol poco disimulada en su magra cintura.

El sacerdote va a comenzar su responso ante el ataúd que ya reposa junto al hoyo cavado expreso para la sepultura. “Aquí están sólo algunos de los numerosos hijos que tuviste con distintos hombres... Los demás se avergüenzan hasta de tu muerte”. La admonición de inusitada violencia me sorprende, pero al mismo tiempo me revela que ese cadáver que yace en la caja de pino es de una mujer, que por la edad de los muchachos no puede ser muy vieja. “Tu alma estará pronto frente al Creador y ahí rendirás cuenta de tu disoluta existencia terrena. Entonces, ya tarde para los arrepentimientos, pagarás ese interminable rosario de pecados que cometiste en vida”. Francamente no entiendo con qué intenciones ha venido este ministro a despedir los restos mortales de esa desdichada. La trigueña parece exacerbarse ante las afirmaciones del cura. Sus facciones adquieren un leve tinte rosa. “Tu destino es el infierno, donde sentirás los rigores del fuego eterno. Allí te enviará el Señor con seguridad...”. “Ya párele, padre...”. Sorprendido por la interrupción, el sacerdote apenas parece haber advertido la presencia de la mujer, y quizá la mía propia. “Hija mía, te advierto que está prohibido traer flores para los condenados porque vendieron su alma al demonio. Así que llévate esas margaritas para no profanar los designios de Dios...”. “¿Sabe qué, padre? Usted no tiene derecho a lacerar a esa pobre desgraciada, usted no es nadie para enviarla al infierno. Es más, mire lo que me importan sus palabras”. Alzando la vista al cielo hace al mismo tiempo una señal de cuernos y exclama “Toma diosito tu infiernito”. “Descarada, infiel, vete de este lugar santo...”. Los muchachos, o sea, los pocos hijos que han llegado al entierro se apresuran a hacer descender la caja al hoyo. En ese momento aprovecha la trigueña para arrojar las margaritas encima del ataúd. “Usted no tiene piedad por nadie, no merece vestir esos hábitos...”. grita al mismo tiempo que arrastra a su compañero hacia la puerta del pequeño cementerio. Yo me siento confundido. No me atrevo a mirar a nadie y me retiro lo más rápido que puedo de ese lugar al que sólo mi imprudencia me invitó.

Mientras, Pedro ya ha dado con el paradero del centro de salud. No le ha costado mucho averiguarlo en un lugar donde todos se conocen por el nombre. Cerca del lago, rodeado de ahuehuetes, a un costado de la escuela primaria, ahí destaca la sobria construcción de ladrillos que pomposamente ostenta el nombre de Centro de Salud. El médico todavía está nervioso al hablar con Pedro, como si quisiera rendir bien un examen. Sólo que me equivoco, el traje no es marrón sino gris. Después de los saludos protocolarios que me dirige, Pedro se queda en el consultorio y yo retrocedo a la salita contigua donde está sentada una anciana de

aspecto venerable, quizá sea una paciente. Tiene abundante pelo grisáceo, no gris, recogido en un chongo, su larga falda sólo deja al descubierto unas sandalias de tela afelpada que calzan sus cansados pies. Me pide que la ayude a levantarse para ir a buscar una taza de atole que ha dejado en la cocina. Entonces tomo conciencia de que es alguien de la casa, no una paciente. Con amabilidad me ofrezco a alcanzársela; es evidente que ya camina con mucha dificultad. Me lo agradece a gritos, y así se ha estado comunicando conmigo todo el tiempo. Me doy cuenta de que tampoco oye bien y por eso elevo el volumen de mi voz cuando me dirijo a ella. Le pregunto si espera consulta con el médico, y me aclara que no, que el médico es su hijo y ella viene a acompañarle, todo dicho con una sonrisa encantadora en su rostro arrugado.

Se nota que la señora tiene un alto sentido del humor, por las observaciones irónicas que hace sobre cualquier tema que toque con ese acento que pertenece a otro siglo. “Sí, sí, tengo 95 años. Yo era una chamaca cuando la revolución...”. Yo casi no hablo, y eso por dos motivos. Primero, me cuesta repetir las cosas a los gritos mientras Pedro y el médico platican a corta distancia de allí. Segundo, la facilidad poética con que la señora relata sus recuerdos me tiene fascinado. De pronto me recita unos versos aprendidos en el único año que asistió a la escuela. Entonces compruebo por mí mismo que los viejos guardan con increíble nitidez el recuerdo de las experiencias más tempranas. “¿Y por qué sólo fue un año a la escuela?”, es una de las pocas preguntas que intercalo y ella me entiende. “Ah, pues, el dueño del rancho le pagaba al maestro y decidió que si ya sabíamos leer y escribir no era necesario que siguiera viniendo. Por eso ya no regresó el maestro. Era un muchacho joven, tan guapo. Llegaba a caballo, con un sombrero negro. Se veía tan hombre...”. Me cuenta de sus hijos, que tuvo ocho. Que una hija vive en San Francisco, allá se casó con un buen hombre. Un gringo. Pero también hay gringos buenos. Me cuenta de la revolución, de la bola que llegaba al pueblo y a ella la escondían en un horno del pan junto con su hermana. Le pregunto si se acuerda de quiénes eran, si villistas o carrancistas. Me dice que eran iguales, que agarraban parejo, que ellas se escondían porque mujer que les gustaba se la llevaban. La esposa del farmacéutico, un alemán, era muy guapa y un capitán que llegó por allí viene y le dice “me gusta esta güera pa’ mi general”, que sale el marido y con su acento extranjero le pregunta “¿y yo para qué te gusto, cabrón?”. Ahí nomás se lo despachan al hombre con una treinta-treinta, se la llevan a la güera y ya no se supo de ella. Le pregunto por su marido, se entristece cuando recuerda que lo mataron en una cantina por un pleito estúpido, como al hermano de José Alfredo, me recuerda. “Por eso me gusta esa canción que empieza ‘llegó borracho el borracho’...”. La dejó con ocho hijos, ahí se fueron a probar suerte en el Distrito Federal con unos parientes. Les pudo dar educación y hasta un médico sacó, el mismo que ahora informa a Pedro de las carencias del centro de salud. Allá en el seguro social la operaron de apendicitis. “... y dizque me hizo mal la anestesia. Yo de eso no supe nada; de lo que me acuerdo es que de pronto me encontré mirando mi cuerpo acostado en una camilla, unos doctores y unas enfermeras revisándome. Después me fui a caminar, no sé cómo porque el cuerpo lo había dejado en la camilla. Vi una vereda muy estrecha por la que marchaban muchas personas, pero eran extrañas, yo no las había visto nunca antes, nadie hablaba con nadie, iban con

los ojos como si alguien les llamara y no le prestaban atención a nada más. Seguí caminando, y ¿qué cree? Me encuentro con un señor que parecía todo un caballero. Me toma de un brazo y me pregunta “¿me reconoces?” Yo le contesto “no, señor, nunca lo he visto antes. Que ahí nomás me dice: “Soy tu señor San José...” Sentí un tironcito en la espalda, yo no podía creer lo que estaba viviendo. Me disculpé. “¿Sabe qué?”, le dije, “Es que usted anda vestido de verde y en la iglesia de mi pueblo lo tienen vestido de morado”. “Bueno, eso no importa, tú eres una buena mujer y te has quedado sin marido; tienes que terminar de criar a tus ocho hijos...”. “Yo no sé cómo se había enterado de toda mi vida. De veras, a mi difunto esposo lo mataron unos borrachos en una cantina; no sé por qué se fue a meter allí. Luego el señor san José me dijo que me iba a dejar más tiempo en este mundo, que me regresara. Y bueno, me desperté en una cama del hospital”.

Pedro ha terminado de recabar los datos para su informe. Nos despedimos del médico, que insiste en que vayamos a comer a su casa, que la esposa ha preparado unas corundas. Subimos al jeep argumentando que tenemos trabajo en una población algo alejada, allá por el rumbo de occidente, y que las nubes amenazan con convertirse en tormenta. La señora nos extiende la mano y puedo apreciar sus ojos invadidos de cataratas. Transmite un calorcito agradable con su presencia. Mientras nos alejamos miro con nostalgia esas casas que lucen distintas en mi mente por los momentos vividos. Pedro, que deambula por otros mundos, me dice: “Debe de ser espantoso vivir en un pueblo donde no pasa nada...”

